nuestros ruegos. Ahora está á la diestra del Hijo de Dios en lo más elevado de los cielos; Reina hermosísima, vestida de luz y de pureza, y resplandeciendo á los ojos del Eterno con la perfección de todas las virtudes. Llena de majestad y de grandeza, es superior á los más elevados serafines; y sin embargo, su misericordia y su bondad son inefables, y la ley de la clemencia está en sus labios: pidámosle, pues, que se apiade de nosotros y nos alcance la gracia del Señor.

¡Oh preciosa y agraciada Niña! acordaos de las grandes virtudes que practicasteis en el templo de Dios, y haced que imitemos vuestros ejemplos. Alcanzadnos del Señor el espíritu de humildad y de oración, el amor al retiro, el recuerdo de la presencia de Dios y la conformidad más rendida y perfecta con su voluntad divina. Amén.

CAPÍTULO VII

Flor de celestial pureza.

Al pensar en la virginidad incomparable de María nos acordamos de estas pabras de Isaac: El olor de mi hijo es como el de un campo florido que Dios se dignó bendecir: y de estas otras de Zacarías: ¿Cuál será el bien venido de El, y lo hermoso que de El nos vendrá; sino el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes (1)?

La singular y excelentísima virginidad de nuestra Señora la Virgen María, trasciende con los aromas de todas las virtudes. Es como un espejo inmaculado en que contemplamos ya la humildad más profunda y agradable á Dios, ó bien el recato y la modestia, la sencillez de co-

(1) Gen. XXVII, 27.—Zach. IX, 17.

razón, la caridad de Dios y del prójimo, el recogimiento del espíritu, y la suavidad y la dulzura. Virginidad incomparable y singular, anunciada por medio de un oráculo divino en que Dios se dignó manifestar su misericordia infinita con los hombres.

Dijo el Señor en otro tiempo al rey Acaz: Pide al Señor tu Dios la señal que quieras, ó en lo más profundo del infierno ó en lo más alto del cielo. Respondió Acaz: No pediré por no tentar al Señor. Entonces dijo Isaías: Oye tú ahora, oh casa de David. ¿Por ventura os parece poco hacer agravio á los hombres puesto que osáis hacerlo á mi Dios? Por tanto el mismo Señor os dará una señal: Sabed que una virgen concebirá y dará á luz á un hijo, y tendrá por nombre Emmanuel, Dios con nosotros (1). Señal sublime y misteriosa en la cual brillarán juntamente la omnipotencia y la bondad del Eterno; señal dada por el mismo Dios, admirable y tan llena de magnificencia cual convenía á su origen divino y al glorioso término al cual se encaminaba.

Dios anunciaba una maravilla sin ejemplo. Nacer de una virgen fué en Jesucristo un milagro tan grande, decía san Agustín, que no había que esperar de Dios otro mayor. Si se busca su razón no será admirable; si se pide un ejem-

(1) Isai. VII, 10-14.

plo no será singular. Concedamos que Dios puede hacer alguna cosa que nosotros no podemos investigar; en estos casos toda la razón es la omnipotencia del Eterno (1). La fecundidad de una virgen dijo san Ambrosio, es un milagro más grande que resucitar á un muerto; y san Pedro Damiano, dijo también que María ha sobrepujado por su divino alumbramiento las virtudes y prodigios de todos los santos (2).

Dios ha hablado, Dios lo ha prometido: brillen por lo mismo, su poder y su bondad en toda su magnificencia; y el gran milagro del alumbramiento de una virgen sea el canto armonioso que haga resonar en lo más alto de los cielos la gloria del Señor.

La virgen designada por el oráculo divino daría á luz un hijo que tendría por nombre Emmanuel, Dios con nosotros. Son infinitas la santidad y la grandeza del Hijo del Eterno; por esto no debía nacer sino de una madre virgen; y El es omnipotente y nada resiste á su poder divino.

Dios nuestro Señor da una señal admirable, inequívoca, y cual correspondía á la magnificencia y al decoro de la obra á la cual se encaminaba y á los altísimos fines de su gloria y de la salvación de los hombres; señal que tenía por

(1) Epist. 3, ad Volus.
(2) De instit. virgin. cap. 5.—In vita Loricati.

término el Verbo divino en el misterio de su Encarnación. Ese rayo de luz, esa corriente de amor, los inagotables manantiales de la bondad y de la gracia tenían que pasar por un medio que no tendría que impedir ni desvirtuar en lo más mínimo la obra excelentísima de Dios, el más santo, el más delicado y perfecto que pudiera imaginarse; y éste es la integridad más sublime, y la virginidad incorruptible, siempre fresca y lozana, que sin cesar exhala la fragancia de todas las virtudes. Tal tenía que ser, y así fué, la integérrima virginidad de nuestra Señora; y por esto decía san Bernardo que á Ella volvían los ojos todas las criaturas, como al centro, como al arca de Dios, á la causa de las cosas, al asunto de los siglos (1). Contemplemos desde este punto de vista á la purísima Niña, María nuestra Señora. Es el centro: hacia Ella convergen todos los designios de Dios, de divina gloria, de bondad y clemencia, por Ella en Jesucristo su Hijo el Padre será glorificado; porque en el seno de María el Hijo de Dios se humillará haciéndose hombre, y cumplirá la voluntad de su Padre; y el que es igual al Padre según la divinidad, es menor que el Padre según la humanidad.

Si el Hijo de Dios, decía san Agustín, no se hubiera hecho hombre, el hombre no habría que-

(1) Serm. 2, Pent.

dado libre de su cautiverio; mas Jesús se hizo hombre después del consentimiento de María, y recibiendo de la santa Niña la purísima sangre que después había de verter en la cruz por la salvación de los hombres.

María, centro de luz, de gracia y de clemencia; asociada, por decirlo así, á los grandes pensamientos del Señor, á la obra que es llamada de Dios por su admirable excelencia; aquella Niña tenía que ser virgen integérrima, y de una integridad y pureza superior á las de los mismos ángeles, como decía san Bernardo, y de un orden excelentísimo y sublime sobre toda expresión; pues tal virginidad tendría que relacionarse y unirse indisolublemente con la Encarnación del Hijo de Dios que tomó del seno de María una carne inmaculada y santa, tan pura como la carne de Adán antes del pecado, según decía santo Tomás (1).

Son misteriosas y en verdad sublimes las relaciones que existen entre la Encarnación del Hijo de Dios y la virginidad de María; háblanos de ellas Ezequiel en los términos siguientes: Esta puerta estará cerrada, no se abrirá, y el hombre no pasará por ella, porque el Señor Dios de Israel ha entrado por Ella. Esa puerta siempre cerrada simboliza la integridad virginal de María. El hombre no pasará por ella; porque

(1) 3. P. q. XIV, a. III.

la Madre de Dios siempre será virgen inviolable. El Señor Dios de Israel ha entrado por ella; porque ha concebido por obra del Espíritu santo, y nació de Ella el Señor de los ángeles. Puerta siempre cerrada; porque fué virgen antes del parto, en el parto y después del parto (1).

No es ésta la única figura de la virgnidad de nuestra Señora que hallamos en los Libros santos. La misma ley, que diariamente leeis, decía san Agustín á los judíos, fué escrita sin punzón en tablas de piedra. Leed y entended que aquel pan que fué suministrado al pueblo de Israel en el desierto, no se hizo de granos que hubiese sembrado el labrador. La vara de Aarón seca ya después de muchos años, reverdeció sin ninguna humedad, y produjo flores y fruto; así también el que escribió aquellas tablas de piedra, fué quien fecundó el purísimo seno de María; el que produjo los panes en el desierto, la hizo Madre y la conservó virgen inmaculada y sacratísima; y el que hizo florecer la vara de Aarón, hizo también que María concibiera al Hijo de Dios por obra del Espíritu santo (2).

Tiempo es ya de oir al Angel Príncipe de la Teología (3). Era conveniente que Jesucristo fuese concebido de una virgen; así lo pedían la

(1) Exzech. XLIV, 2. – August. serm. in Natali. Dni.
(2) Ubi supr.
(3) 3, p. q. XXVIII.

dignidad del Padre, la propiedad del Hijo, su santa humanidad y el fin de la Encarnación.— El Dios de la majestad y de la grandeza tiene un Hijo Unigénito en todo igual á El mismo. ¿Cómo transferir á otro la paternidad altísima y sagrada de la primera persona de la Trinidad? La grandeza del Padre es el Hijo, decía san Agustín (1), eterna, adorable y perfecta. Dice san Juan en su Apocalipsis que vió en la mano derecha del que estaba sentado en el solio, un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. Al mismo tiempo vió á un ángel que pregonaba á grandes voces: ¿Quién es digno de abrir el libro y de levantar sus sellos? Y ninguno podía ni en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra abrir el libro, ni aun mirarlo (2). A nuestra vez preguntemos: ¿Quién es digno de ser Padre de nuestro Señor Jesucristo fuera de su eterno y divino Principio? La dignidad de Dios Padre, no se comunica por lo mismo á ninguna criatura; porque tiene en sí misma una pureza infinita y una perfección inmutable y eterna. Todo esto nos está diciendo que si aquel Hijo ha de ser engendrado en el seno de una madre, ésta ha de ser purísima virgen sin mancha de pecado: más pura que la luz, más hermosa que el sol, enriquecida con todos

(1) De Trinit. l. VI, c. III, n. 5.
(2) V, 1-3.

los tesoros de la gracia y resplandeciente de belleza con el resplandor de todas las virtudes.

La propiedad del Hijo de Dios pedía también que fuese virgen perfectísima su santa Madre; porque El es el Verbo de Dios, y el verbo se concibe sin corrupción del corazón; y antes bien ésta no permite que la concepción del verbo sea perfecta: por lo mismo ya que tomó carne para que fuese enteramente suya, tal carne tenía que ser concebida sin corrupción por parte de la madre. Pensando en esto tenemos que exclamar: ¡Oh incomparable y celestial pureza de María, virginidad santísima, incorruptible, y más hermosa y perfecta que la pureza de los ángeles! Jesucristo no tenía otro Padre que el soberano y altísimo Dios de quien todo lo recibe; pero sí tenía una Madre virgen á quien Dios se dignó entregar su Hijo Unigénito. Si ahora preguntase un ángel: ¿Quién es digna de llevar en sus entrañas al Hijo de Dios? Este Hijo designaría á la dichosa Niña, á la Reina de todas las vírgenes, elegida por El desde la misma eternidad para Madre suya; y á quien previno para esa dignidad infinita y gloriosísima, enriqueciéndola con todos los tesoros de la gracia; y de esta manera el Verbo de Dios que procede del Padre entre los resplandores de la santidad, es concebido en el seno de María, siendo esta dichosísima criatura, virgen sagrada, inviolable y perfecta, flor de toda pureza y que trasciende el

suave y delicioso aroma de una virginidad incomparable.

Llénanse de delicia nuestras almas al pensar en la virginidad de nuestra Señora y volviéndonos á Ella la decimos: ¡Oh Niña, oh Madre, oh Virgen perfectísima! bendita sea mil veces tu sagrada virginidad en la que tiene Dios nuestro Señor todas sus delicias.

Contemplemos desde otro punto de vista la pureza virginal de nuestra Señora. La carne de Jesucristo es la carne de María. El es el Cordero de Dios, inocentísimo, que quita los pecados del mundo; por esto su carne debía ser tomada de una madre siempre virgen; porque el Hijo de Dios no habita en cuerpo sujeto al pecado. De esta manera Jesucristo presta nuevos encantos y bellezas á la santa pureza de su Madre virgen; todo se refiere á El y es por causa de su santidad infinita, y todo se encamina á su gloria. De esta suerte la virginidad de María se nos presenta iluminada y como transformada en la santidad de su Hijo. Si no hay sociedad entre la luz y las tinieblas, entre la justicia y la iniquidad; sí la hay entre la luz y la luz, entre la santidad y la justicia; sociedad indisoluble y estrechísima que llega en cierta manera á la fusión más admirable y sagrada de gracias y de virtudes entre el Hijo y la Madre: El que se une á Dios es un espíritu con El, unión que se extiende si así podemos decirlo, hasta la carne de María que es la misma de Jesús.

Vino Jesucristo para que los hombres fuesen hechos hijos de Dios, no por la voluntad de la carne ni por la voluntad del hombre, sino de Dios; y el modelo de la generación de esos hijos adoptivos tenía que descubrirse en la concepción de Jesús. Era preciso, decía san Agustín, que nuestra cabeza naciese según la carne de una virgen, para significar que sus miembros debían según el espíritu, nacer de otra virgen que es la Iglesia (1).

La senda de los justos, aumenta como la luz del sol, hasta el perfecto día; así también se nos presenta la pureza virginal de nuestra Señora bellísima y perfecta antes del parto; y tal perfección y esta hermosura derraman nuevos resplandores de luz y de gracia en el instante en que el Hijo de Dios sale del seno inmaculado de María.

María fué virgen en el parto. Su virginidad se nos presenta como divinizada por el tránsito del Hijo de Dios que hace brillar su omnipotencia conservando intacto el santuario de su gloria divina, en que había permanecido durante nueve meses.

El Verbo no solamente es concebido en el corazón, sin corrupción, sino que también de esta manera procede de él; y así para que se manifestase que era realmente de Dios el cuerpo que había tomado, fué conveniente que naciese del seno incorrupto de una Virgen. Ni nuestro verbo cuando es producido corrompe el espíritu, dice el Concilio de Efeso, ni Dios, Verbo substancial, al nacer ha destruído la virginidad.

(1) De virginitate, c. 6.

Vino el Hijo de Dios á destruir la corrupción humana; por esto no convenía que en su nacimiento quedase corrompida la virginidad de su Madre. En fin, ¿tal corrupción pudiera tener lugar, cuando Dios nuestro Señor manda honrar á los padres? á este honor pertenecía conservar intacta la virginidad de la Madre de Jesús.

Fué pues, nuestra Señora, Virgen purísima en el parto; ya que de esta manera se conservaba la más perfecta armonía entre el Verbo divino y el cuerpo que tomó por nuestro amor; y se verificaba que el que había venido á salvar lo que estaba corrompido, no violaba con su venida la integridad de María, á quien honraba como Hijo, conservando en toda su pureza el seno inmaculado de su santa Madre.

María conservó después del parto su santa integridad; lo contrario derogaría á la perfección de Jesucristo, Hijo perfectísimo y unigénito del Padre, según su naturaleza divina; el cual debía ser asimismo, Hijo unigénito de María como fruto de Ella el más perfecto.

La Madre de Dios quedó siempre virgen después del parto; porque su seno fué el santuario

del Espíritu santo que nadie tenía que violar. La dignidad y santidad de la Madre de Dios, y la humildad y pureza de José también nos aseguran que María conservó después del parto su santa virginidad.

Al pensar en la pureza incomparable de nuestra Señora recordamos lo que refieren las crónicas de los Franciscanos. Un Religioso dominico molestado por grandes tentaciones, contra la virginidad de nuestra Señora, acudió al Venerable Fr. Gil, compañero que había sido del glorioso san Francisco de Asís. Fr. Gil se paseaba en una huerta y viendo á lo lejos al Religioso que quería hablarle, hirió la tierra con el báculo que llevaba en la mano, diciendo al mismo tiempo: María fué virgen antes del parto y brotó una hermosa azucena. Continuó su camino y de nuevo hirió la tierra y apareció otra azucena más hermosa y fragante; hizo lo mismo por tercera vez y brotó otra azucena también bellísima y fragante. Así también para nosotros la pureza de María, su virginidad antes del parto es cual flor de celestial pureza; flor que segunda y tercera vez contemplamos más bella y fragante, más pura y sagrada.

Quédanos todavía por contemplar en la virginidad de nuestra Señora un rayo hermosísimo de luz y de gracia que la ilumina, y nos descubre la perfección elevadísima con que Dios se dignó enriquecerla: María hizo voto de virgini-

dad al Señor; este voto antes de su desposorio con el señor san José, fué condicional, y después simultaneamente con El lo hizo absoluto. —Esta consagración que de su virginidad hizo la Virgen santísima fué muy agradable á los divinos ojos; porque las obras de perfección son más aceptas al Señor si se hacen por voto.

Contemplemos un instante á la Niña preciosa de nuestros amores, consagrando á Dios su virginidad.—María no es de sí misma, sino de Dios que la había preferido á todas sus criaturas. Es de Dios, porque así lo ha querido, y se ha ligado con su Majestad con inviolable y sacrosanto vínculo de un amor eterno; mas al consagrársele de esta suerte, nos descubrió la admirable y acabada perfección de su voto de virginidad. Primero lo hace condicionalmente, sometiéndose al arbitrio divino con la sumisión más admirable y perfecta. ¿Qué hubiera deseado sino hacerlo desde luego de una manera absoluta? Mas no es de sí misma sino de Dios; y ¿cómo no unir á su riquísima ofrenda la de José, su virginal esposo? Desde este punto de vista la virginidad de María se nos descubre bellísima, sublime y resplandeciendo con la luz de una perfección incomparable. Bendito sea el Señor que la hizo tan acepta y agradable á sus divinos ojos.

¡Oh María, Reina de todas las vírgenes, hacednos puros en nuestros pensamientos, palabras y obras!